



HOMILÍA en la Eucaristía de Comienzo del Curso Pastoral.

Santa Iglesia Catedral (30 de septiembre de 2011)

Sres. Vicario de Pastoral y Secretario Canciller; sacerdotes concelebrantes; religiosos/as; Sr. Delegado de Enseñanza; Profesores de Religión; Catequistas de los diversos ciclos; representantes de entidades locales y diocesanas: educativas, culturales y pastorales; hermanos todos en el Señor:

Teniendo aún presente el resplandor y la alegría de la reciente Jornada Mundial de la Juventud (JMJ), creo que podemos comenzar esta celebración rememorando las palabras de Benedicto XVI al despedirse en Barajas el día 21, e igualmente también contentos y agradecidos:

“a Dios, Nuestro Señor, que nos ha permitido celebrar esta Jornada, tan llena de gracia y emoción, tan cargada de dinamismo y esperanza. Sí, la fiesta de la fe que hemos compartido nos permite mirar hacia adelante con mucha confianza en la providencia, que guía a la Iglesia por los mares de la historia. Por eso permanece joven y con vitalidad, aun afrontando arduas situaciones. Esto es obra del Espíritu Santo, que hace presente a Jesucristo en los corazones de los jóvenes de cada época y les muestra así la grandeza de la vocación divina de todo ser humano”.

En el Espíritu Santo

Y es precisamente ese mirar hacia delante lo que hacemos al afrontar un nuevo Curso Pastoral que viene marcado por el reto de la Nueva Evangelización. De ahí que sea una bendición haber escuchado el relato de Pentecostés donde empezó aquel primer anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo, Nuestro Señor. A ese reto evangelizador debemos dirigir nuestra mirada como un horizonte para este nuevo curso, pues -como ha planteado Benedicto XVI- se requiere un nuevo Pentecostés, otro movimiento hacia delante con paso firme por parte de los que se consideran hijos de Dios y miembros de la Iglesia que fundó Nuestro Señor.

También hoy Jesucristo nos envía a transmitir la Palabra de Dios y la Buena Nueva del Evangelio para que el mundo conozca lo que hemos visto y oído. Y estamos aquí para encontrarnos en esta Eucaristía con el Resucitado que, como a aquellos primeros discípulos, nos dice:

“Paz a vosotros. Como el Padre me envió os envió yo también a vosotros” (v. 21).

Pues bien, hermanos, profundicemos en este Pentecostés joánico para que ilumine nuestros pasos al emprender la misión en esta andadura pastoral que hoy se nos abre.

Testigos de Cristo

Lo primero a destacar es que la misión es fruto de un encuentro con el Resucitado, que viene trayendo la Paz y rompiendo la soledad y el miedo. Es eso lo que hemos experimentado y vivido a lo largo de toda la JMJ donde hemos contemplado el testimonio de una Iglesia joven, alegre y llena de esperanza. «Id y contad lo que habéis visto y oído» nos decía el Santo Padre en la misa de clausura. Y ¿qué hemos visto? Una nueva generación arraigada en Cristo y firme en la fe. Una juventud que ha descubierto que en Jesús está la fuerza para abrirse a los demás y hacer de sí misma, con su ejemplo, un don para toda la Humanidad.

Hemos sido testigos de la belleza de la santidad y del esplendor de la verdad; testigos de la alegría y libertad que nace de una relación viva con Cristo. Hemos visto a cristianos dispuestos a no dejarse arrastrar por la cultura de la muerte. Hombres y mujeres que no se avergüenzan de dirigir cada día sus pensamientos y sus corazones a Jesucristo, hacia el misterio de la Redención. Hombres y mujeres que hallan su fuerza cumpliendo aquella profecía de la Escritura sobre Jesús: “Mirarán al que atravesaron” (Zac 12,10; Cf Jn 19,37).

También nosotros para emprender la misión necesitamos un contacto sensible con el Señor, sentir más intensamente aún su presencia, que en esta Eucaristía se nos acerca de un modo particular y cercano; nos consuela, nos anima y nos acompaña hasta entregarse como alimento para nuestro camino con su Cuerpo y su Sangre.

De cara a la misión

En segundo lugar descubrimos que este encuentro con Cristo tiene como fin la misión. También en esta celebración en la que está representada toda la Iglesia que peregrina en la Diócesis de Asidonia-Jerez, nos convoca el Señor para enviarnos a anunciar el Evangelio. De hecho, estamos aquí para pedir la ayuda del Espíritu Santo que nos dé la fuerza para afrontar el desafío pastoral de un anuncio de la gracia y de la misericordia del Señor, capaz de alcanzar el corazón y el espíritu del hombre de hoy.

Como Pablo, hemos sido llamados a ser contemporáneos de Cristo en un mundo plural para vivir el Evangelio y anunciarlo en la cultura postmoderna. No podemos quedarnos indiferentes ante la muchedumbre inmensa de hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos que viven “como si Dios no existiese”, que no conocen a Jesucristo, que buscan a veces sin saberlo una verdad definitiva que dé sentido a su existencia y razón a su esperanza.

Este empeño ha de ocupar el lugar central en nuestro quehacer pastoral. Por tanto, hermanos, no tengo duda de que esta iglesia-catedral es hoy el Cenáculo en el que el Señor nos ha traído para llenarnos del Espíritu de Jesús y poder salir como aquellos primeros apóstoles a dar gratis lo que gratis hemos recibido. “No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy; en nombre de Jesucristo el Nazareno, echa a andar” (Hch 3,5), fueron palabras de Pedro también a las puertas del templo de Jerusalén.

En definitiva, es hora de evangelizar y todos nosotros débiles y pecadores, estamos llamados a poner la mirada, no en nosotros, sino en Jesús que como a Pedro nos invita a “caminar sobre las aguas” (Cf Mt 14, 28) y nos alienta a la hora del cansancio o la persecución diciéndonos: “ánimo, yo he vencido al mundo” (Cf Jn 16, 33).

Con el don recibido

Por último, me gustaría señalar que Jesús envía a todos los discípulos, es decir, a toda la Iglesia, Cuerpo de Cristo, como bien nos señala la segunda lectura.

“Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra en todos” (1Cor 12, 5).

Por tanto, hermanos, para afrontar el encargo del Señor no podemos andar divididos, cada uno individualmente o buscando cada grupo su propio interés o beneficio particular. Menos aún haciéndonos la «guerra» por no sé qué protagonismos, o celosos cada uno de “lo nuestro”. Estamos llamados a vivir la comunión, y esto se ha de traducir visiblemente en trabajar todos a una. Se trata de aunar esfuerzos que sean reflejo de la verdad y de la comunión que nos constituye. Es necesario que cada uno asuma su función en el Cuerpo, siendo conscientes de que esa función o ese carisma no agota toda la riqueza y vitalidad del cuerpo eclesial al que pertenecemos.

No hay evangelización posible, ni renovación verdadera de la humanidad, ni pueden surgir hombres nuevos, si no hay comunión. No habrá aportación específicamente cristiana digna de crédito, ni una iniciativa vigorosa o significativa de la Iglesia a los grandes problemas que nos aquejan sin esta necesaria unidad. Sin colaboración sincera y generosa, sobre todo en la acción, que es reflejo de la unidad de todos en Cristo, no podremos edificar sobre la Roca firme que es Él, fundamento de una nueva sociedad y de una humanidad nueva.

Esta unidad tiene que edificarse en una verdadera comunión de amor y de doctrina, de confianza y de aceptación. Todos debemos revisar nuestras posturas de comunión eclesial, que tiene que ser concreta, práctica, obediente, en lo doctrinal y en lo moral. De aquí la importancia y el significado de esta Eucaristía de comienzo de curso en la que manifestamos nuestra adhesión al Credo y al Magisterio eclesial completo, sin excepciones, tal como se expresa en el Catecismo de la Iglesia Católica, del cual el “you cat” –recibido por cada joven en su mochila de peregrino- es una guía excelente. “Sentire cum Ecclesia” incluye una aceptación clara de todo lo que se nos ha transmitido desde la antigüedad hasta aquello más reciente.

Estar de acuerdo en que Dios es amor, es fácil incluso para quien no es cristiano. Menos fácil son sus consecuencias prácticas que tantas veces, desde el misterio de la Cruz conllevan sacrificio, exigencias, renuncia, morir al propio yo... palabras tan extrañas y alejadas del pensamiento y la cultura actuales. Se trata de verdades que se traducen en la vida práctica en actitudes y comportamientos que este mundo desconoce o desprecia pero que sin embargo necesita, como pueden ser la apertura y el respeto a la vida, la fidelidad, la renuncia a los bienes particulares en pos del bien común, etc. En definitiva, sin una unidad clara, afectiva y efectiva en la fe y en la vida de la Iglesia es imposible la evangelización.

Abiertos a la gracia

Por lo tanto, es necesario vivir con intensidad la eclesialidad, lo cual nos obliga a dejarnos sorprender por Dios y estar abierto al Espíritu Santo y a los nuevos carismas que suscita el Señor en su Iglesia. Todas las nuevas realidades eclesiales, fruto de la acción multiforme del Espíritu en la Iglesia y sujetas al recto juicio de los Pastores, deben encontrar su sitio en la Iglesia, para que junto con todas aquellas Instituciones eclesiales, Asociaciones, Parroquias, familias, colegios, y cada uno de nosotros, que estamos llamados a una tarea común, edifiquemos juntos el “Cuerpo de Cristo”.

Abrámonos, pues a la participación de todos, puesto que el don del Espíritu Santo, recibido por el Bautismo, nos iguala en dignidad como cristianos, hijos de Dios y miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y por lo mismo copartícipes de su misión evangelizadora.

Así, pues, que la Santísima Virgen, Nuestra Madre la Inmaculada Concepción, testigo para nosotros de su apertura a la “fuerza que viene de lo alto” nos abrace en su manto en este Cenáculo, como a los discípulos del primer Pentecostés, para que el Espíritu Santo con su gracia nos envíe a ser testigos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez